

Problemas y preguntas en torno del carácter.

De Olaso, Juan.

Cita:

De Olaso, Juan (2025). *Problemas y preguntas en torno del carácter. XVII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXII Jornadas de Investigación XXI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VII Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VII Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-004/311>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eNDN/HOU>

PROBLEMAS Y PREGUNTAS EN TORNO DEL CARÁCTER

De Olaso, Juan

Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

En el marco de una investigación acerca de la transferencia, sus avatares, sus obstáculos y sus destinos, interrogamos el problema del carácter, algo que ha suscitado suficientes dificultades al dispositivo analítico a lo largo de la historia.

Palabras clave

Carácter - Identificación - Sexualidad - Resistencia

ABSTRACT

PROBLEMS AND QUESTIONS ABOUT CHARACTER

Within the framework of an investigation into transference, its vicissitudes, its obstacles, and its destinies, we question the problem of character, something that has posed sufficient difficulties for the analytical apparatus throughout history.

Keywords

Character - Identification - Sexuality - Resistance

El problema del *carácter* ha interesado e interrogado a Freud desde épocas tempranas. Y esto, en buena medida, por su condición de obstáculo, de hueso difícil de roer, difícil de explicar, como algo capaz de conspirar contra la instalación de la transferencia y, por ende, del propio dispositivo de la cura.

En el marco de una investigación UBACyT que se ocupa de explorar ciertos avatares transferenciales (“Vicisitudes, encrucijadas y destinos de la transferencia en la enseñanza de J. Lacan (1960-70)”), nos propusimos indagar acerca de la naturaleza del carácter y las dificultades que le presenta a la posición del analista. Aquí, algunos problemas y preguntas.

CARÁCTER Y ZONAS ERÓGENAS

Partimos de la conexión íntima que Freud postula entre aspectos de la personalidad y el comportamiento de un órgano corporal. De donde, precisamente, el célebre escrito *Carácter y erotismo anal* (Freud 1908), que pone de manifiesto el nexo, para nada obvio, entre carácter y pulsión sexual. Así, surgen determinadas cualidades de personas que se muestran ordenadas, ahorrativas y pertinaces, rasgos que abren paso a otros como la escrupulosidad, la avaricia, el desafío, la ira, la manía de venganza. Vicisitudes de la erogeneidad anal y sus fuentes de placer.

Freud también destaca el papel erógeno de otras zonas corporales, lo que invita a pensar en los vínculos entre el carácter

y demás registros libidinales. De hecho, comenta al pasar el nexo entre la ambición y el erotismo uretral, algo que sería retomado por más de un autor. Y será Karl Abraham quien se inmiscuya en los avatares del carácter y el erotismo oral, así como también del genital. En la misma línea, asomando en desarrollos objetales de Lacan, ¿qué forma asumiría el carácter en su relación con el erotismo escópico? ¿Y con el invocante?

EL CARÁCTER Y SUS DESTINOS

Tomemos una definición de ese artículo freudiano: “los rasgos de carácter que permanecen son continuaciones inalteradas de las pulsiones originarias, sublimaciones de ellas, o bien formaciones reactivas contra ellas” (Freud 1908: 158). Subrayemos, ante todo, ese “que permanecen”, que sugiere que otros rasgos desaparecen con el tiempo, acaso las inflexiones caracterológicas de cada etapa de la libido. Por otro lado, ¿qué serían “continuaciones inalteradas” de las pulsiones? ¿Que estas últimas prosiguen su marcha intacta en la forma de ser? Al mismo tiempo, Freud incluye la sublimación y la formación reactiva, dos tratamientos y defensas de lo pulsional.

¿El carácter, pues, entre los destinos de la pulsión?

ALTERACIONES

Freud a veces habla en términos de “rasgos”, a veces de “tipos”, a veces de “carácter” a secas. A su vez, habla de la formación del carácter, pero también de “deformaciones” y, sobre todo, de las *alteraciones* del carácter; por lo general, como secuela de episodios perturbadores. Por ejemplo, en el historial del hombre de los lobos, cuando los padres del paciente lo encuentran tan cambiado después de las vacaciones: “Se había vuelto descontentadizo, irritable, violento, se consideraba afrontado por cualquier motivo y entonces se embravecía y gritaba como un salvaje” (Freud 1918: 15). Lo que abre toda una serie de conjeturas en las que se entremezclan maltratos y seducciones.

La clínica da testimonio de esos cambios en el *modo de ser*, que suelen impactar más en los entornos que en la propia persona. Como aquel muchacho que procuraba recordar a partir de qué circunstancias de su niñez había comenzado a comportarse como alguien malhumorado, enojado con la vida, a veces furioso y siempre con el ceño fruncido. Cuestión que le retornaba desde el Otro bajo la etiqueta de “¡Ay, qué carácter!”.

UNA RESPUESTA SORPRENDENTE

Ferenczi presenta el caso Arpad (Ferenczi 1913) en el contexto de su correspondencia con Freud. Se trata de un niño que a la edad de dos años y medio había -o habría- recibido un picotazo de un gallo en su pene, mientras intentaba orinar en el gallinero. Y que, a partir de cierto momento, comienza a mostrar una actitud más que llamativa: se empieza a interesar exclusivamente en el gallinero del patio de su casa, observa las aves con fascinación, imita sus sonidos y movimientos, y rompe en llanto cuando lo tienen que sacar por la fuerza del corral. Y una vez que está afuera de ese campo magnético no hace otra cosa que cacarear y lanzar quiquiriquíes. Incluso responde a las preguntas sólo con gritos animales, lo que, naturalmente, suscita la inquietud de sus padres. Y si llega a utilizar el lenguaje humano, la conversación se habrá reducido a asuntos de gallos, gallinas y pollos (también, eventualmente, de patos y gansos).

El niño ha devenido, pues, un pequeño gallo, y asume una actitud desafiante, diríamos de *gallito*. En *Tótem y tabú* Freud ensaya un contrapunto entre este caso y el del pequeño Hans. Así como en zoofobia asistimos a un ejemplo de totemismo negativo, por las prohibiciones y regulaciones que impone la figura equina, en el de Arpad se trataría de uno de totemismo positivo (Freud 1913b: 132-134). Lo que nos lleva al siguiente punto.

SÍNTOMA Y CARÁCTER

La respuesta al acontecimiento traumático no conduce aquí a la formación de un síntoma sino que se cristaliza como rasgo de carácter, allí donde el sujeto ha incorporado las cualidades del agente del ataque del que ha sido víctima (Silveyra 2007). Y las ha incorporado de un modo incontrastable, poniéndolas en escena en su relación con los demás. En otro lugar Freud señala que, si bien en el campo del desarrollo del carácter tropezamos con las mismas fuerzas pulsionales que en el de las neurosis, es necesario establecer una diferencia entre ambos terrenos. ¿Por qué? Porque “en el carácter falta lo que es peculiar del mecanismo de las neurosis, a saber, el fracaso de la represión y el retorno de lo reprimido”. De ahí que esos procesos resulten “menos transparentes y más inasequibles al análisis que los procesos neuróticos” (Freud 1913a: 343).

De modo que lo que distingue a ambas constelaciones clínicas no es la fuente sino la *defensa* y, en consecuencia, el destino de todo ese combustible pulsional. De nuevo, se destacan las dificultades que presenta el carácter, ya sean de localización, de lectura y, sobre todo, de intervención, en la medida en que no suele constituir un problema o una pregunta para el sujeto, como sí lo hace el síntoma, que presenta más o menos claramente un conflicto. No obstante, las relaciones entre carácter y síntoma presentan sus variantes, sus matices, sus idas y vueltas, por lo que la separación entre ambos no siempre resulta tan nítida. El propio Freud llega a decir, hablando de los laberintos de la obsesión,

que “hace falta un lindo trabajo para orientarse un poco en este contradictorio conjunto de rasgos de carácter y de síntomas patológicos” (Freud 1916-1917: 237).

EL PROBLEMA DE LA IDENTIFICACIÓN

En el estudio sobre Moisés leemos que las vivencias traumáticas -impresiones, lo visto, lo oído- son determinantes en la consolidación del carácter; incluso producen “unos rasgos de carácter inmutables” (Freud 1939: 73). Así, algunos fragmentos clínicos dan cuenta de puntos de identificación que tarde o temprano salen a la luz. Como el caso de un hombre aquejado por síntomas e incapacidades, que había desarrollado un odio al padre fundado en ciertas vicisitudes de su sexualidad. Tras la muerte de este último, y habiendo por fin encontrado a una mujer, “le salieron a relucir, como el *núcleo de su ser*, unos rasgos de carácter que volvían difícil su trato para todos sus allegados” (*Ibid.*: 77, subrayado mío). Entonces devino alguien egoísta y despótico, desplegando toda una aptitud para mortificar a los demás. “Era la copia fiel del padre”, remata Freud. Lo que, naturalmente, lleva a interrogar aquel odio intenso. Historias donde el carácter sufre un vuelco y donde una identificación fundamental que había sido rechazada “al final vuelve a abrirse paso” (*Ibid.*).

¿Qué clase de identificación es la que está en juego? ¿Hay una relación directa entre las primeras identificaciones y los rasgos de carácter? ¿Por qué Freud no considera el problema del carácter en el célebre capítulo séptimo de *Psicología de las masas...*, donde se ocupa de una serie de procesos identificatorios disímiles? Porque allí aparece el rasgo, el rasgo único (aquel *Einzigster Zug*, que tanto explota Lacan), pero no vinculado, al menos explícitamente, a la formación del carácter.

CARÁCTER Y SUPERYÓ

Donde sí Freud vincula el carácter con las primeras identificaciones es en *El yo y el ello* (Freud 1923). En la medida en que un objeto perdido se vuelve a erigir en el yo, asistimos a una operatoria que contribuye a la construcción del carácter. Que ahora es definido como “una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones de objeto” (*Ibid.*: 31). De manera tal que se va alimentando de esas marcas, que lo apuntalan y le dan su identidad. Marcas que no podemos no asociar al superyó, algo que se diferencia dentro del yo y que presenta esa facultad de contraponerse a él y dominarlo. Por eso Freud destaca que los efectos de las primeras identificaciones serán “universales y duraderos”, y vuelve a traer a colación -como en 1920- la identificación con el padre de la prehistoria personal, aquella directa, inmediata “y más temprana que cualquier investidura de objeto” (*Ibid.*). (Problema clásico: cómo una identificación puede ser más temprana que la investidura de objeto si se define justamente por ser el residuo de una investidura resignada).

CARÁCTER Y EROTISMO MORAL

El nexo entre carácter y superyó puede ser pesquisado retrospectivamente en los tipos caratteriales de 1916, es decir, antes de la segunda tópica. Sin entrar en el detalle de toda la descripción, recordemos que ya de entrada Freud advierte que nuestro oficio se ve enfrentado a la tarea de instar al paciente a que renuncie a “una ganancia de placer fácil e inmediata” (Freud 1916: 319). El problema económico en primer plano.

El primer “tipo” que postula es el de las *excepciones*, aquellos que en virtud del perjuicio del que se sienten víctimas, se creen con derecho a todo y no se someten a las reglas que valen para todos. “Todos menos yo”, sería la posición. O “A mí no”. Así, exigen privilegios y resarcimientos, porque han sido objeto de una injusticia, y están dispuestos a cobrársela al mundo en cómodas e infinitas cuotas.

Después es el turno de *los que fracasan cuando triunfan*, que enseñan que las neurosis pueden desencadenarse no solamente cuando no se realiza el deseo sino cuando se realiza. Otra de las primicias del texto, que investiga a estos “sorprendentes” tipos de carácter. Son vuelcos trágicos que dejan al sujeto sin ningún derecho a apropiarse de aquello que ha logrado. Una posición, en cierto sentido, inversa a la de la figura anterior.

Por último, *los que delinquen por conciencia de culpa*, otro asombroso resultado que trae el trabajo analítico, aunque el apartado incluye una referencia anterior de Nietzsche sobre la figura del “pálido delincuente”: esa culpa preexiste a la falta y no al revés, como haría presuponer el sentido común. Por lo tanto, empuja al delito y, eventualmente, con la sanción obtiene alivio y hasta satisfacción.

Ahora bien, el lector podrá notar que a lo largo del texto freudiano no hay la más mínima referencia a las zonas erógenas, ni a las excitaciones provenientes de la sexualidad infantil, tampoco a las formaciones reactivas o a las sublimaciones. La cuestión preeminente es la de la *culpa*, “los poderes de la conciencia moral” (*Ibid.*: 325), una versión preliminar de la instancia superyoica. Y de sus derivados clínicos, como la reacción terapéutica negativa, que vendrá a testimoniar acerca de los que fracasan al curar.

¿Cómo conciliar estos modos del carácter con los anteriores? ¿O se trata de una nueva matriz caratterial?

LA PUESTA EN ACTO TRANSFERENCIAL

Es lo que Freud detecta cuando el paciente, en lugar de recordar, repite y, por tanto, resiste: “El enfermo extrae del arsenal del pasado las armas con que se defiende de la continuación de la cura, y que nos es preciso arrancarle pieza por pieza” (Freud 1914: 153). Y, ¿qué es lo que repite o actúa? Respuesta: “sus inhibiciones y actitudes inviables, sus rasgos patológicos de carácter” (*Ibid.*).

No termina de quedar claro cuándo esos rasgos resultan patológicos, o patológicos para quién. Y si no lo fueran, ¿también se repiten?

EL YO EN PRIMER PLANO

El tema del carácter conduce a poner en cuestión no solamente al sujeto sino también al yo. Como dice Lacan: “Por supuesto que es con el yo del sujeto, con sus limitaciones, sus defensas, su carácter, que tenemos que vernosla” (Lacan 1953-1954: 104). Por eso tanta insistencia del francés en deslindar el eje imaginario del simbólico. Pero, claro, después el yo se revelará con un núcleo real, que supone aquello que vuelve siempre al mismo lugar. Lugar de anclaje, sede fundamental del carácter. Una dimensión de la que se ha ocupado Diana Rabinovich: el yo y sus aspectos reales, que le dan consistencia, fijeza, y que garantizan una ganancia de goce. De ahí el matema lacaniano, *i(a)*, que inscribe la presencia de ese objeto irrepresentable e inquietante y que, según la autora, le da al *character* [personaje] las bases para instalarse en un *Yo soy* (Rabinovich 1984: 83-84).

Como el caso que presenta en *Las impulsiones*, el de la mujer generosa que asume el rol de buena madre, buena esposa, buena trabajadora, respondiendo a todo tipo de demandas, incluso anticipándose a ellas, hasta que algo comienza a tambalear y conduce a que se vayan abriendo las puertas del inconsciente (Rabinovich 1985: 57-77).

Por eso Freud destaca lo resistencial del carácter a la hora de considerar los finales de análisis, sobre todo porque “la curación misma es tratada por el yo como un peligro nuevo”. Y, más aún, señala que el desenlace de la cura depende en gran medida de la intensidad de las resistencias de lo que denomina la *alteración del yo*.

Entonces, ¿en qué medida el análisis modifica al yo, esto es, no solo la posición subjetiva sino, además, la posición yoica?

LA CORAZA

Es precisamente Wilhem Reich quien lleva la cosa hasta un extremo, porque parte de la premisa de que el carácter *siempre* es un obstáculo, una perturbación, en especial para la iniciación del tratamiento. Según el autor, el carácter constituye el núcleo de las neurosis, por lo cual hay que atacar las “resistencias neuróticas del carácter”, ya que “*todo análisis* debe ser un análisis del carácter” (Reich 1933: 66, subrayado mío). Porque, además, siempre hay en el inicio una *transferencia negativa latente*, aplicable a pacientes excesivamente obedientes, confiados, “buenos pacientes”, a otros que se muestran convencionales y correctos, porque han convertido su odio en cortesía, a otros inválidos de afecto, y así. O sea, a todos.

Y si hay algo que comienza a privilegiar la técnica reichiana no es tanto el contenido del material clínico sino sus aspectos formales. Así, la atención es puesta en la manera en que un paciente habla, actúa, piensa, su mirada, también su ropa, su modo de dar la mano. Un elogio del *cómo*. Y desde ahí opera, como cuando, después de observar minuciosamente a un paciente (su estatura mediana, su expresión facial reservada,

seria, arrogante, su hablar tranquilo, su andar mesurado, refinado, la lentitud en llegar hasta el diván), le dice que estaba representando a un *lord* inglés. Y eso produce toda una serie de asociaciones más que promisorias para el análisis; se diría que ahí la pegó. Pero en muchos otros casos el efecto de las intervenciones es de una cerrazón mayor de la *coraza*, que es eso que protege al sujeto tanto de los estímulos internos como del mundo exterior. Y del análisis!

Y allí reside una de las paradojas más salientes de la gimnasia analítica que propone Reich: ese empeño en reducir la transferencia negativa en la que se fundan sus premisas y postulados doctrinales, esa insistencia en recortar ciertos aspectos conductuales y mostrárselos a quienes no se han interrogado al respecto, no hace más que engendrar nuevos obstáculos. Por momentos la técnica se convierte en una usina de reacciones terapéuticas negativas.

¿Y EL CARÁCTER SEGÚN LACAN?

Son, ciertamente, escasas las ocasiones en que Lacan se dedica al tema del carácter. Acaso se ocupe más de una noción vecina, la de *personalidad*, sobre todo en sus primeras pinceladas, como en su tesis sobre la psicosis paranoica. El término también será objeto de crítica a partir de algunos empleos posfreudianos, como el de “personalidad total”, que conspira contra la idea de un sujeto dividido. Y a su vez reaparecerá en un uso novedoso que, al pasar, propone en 1958: “El progreso de nuestra concepción de la neurosis nos ha mostrado que no está hecha únicamente de síntomas susceptibles de ser descompuestos en sus elementos significantes y en los efectos de significado de dichos significantes -pues así es como he retraducido lo que Freud articula- sino que toda la personalidad del sujeto lleva la marca de esas relaciones estructurales” (Lacan 1957-1958: 484).

Lacan aclara que trata de algo que se despliega en los comportamientos, en las relaciones con el Otro y con los otros: “Tal como aquí se emplea, la palabra personalidad va mucho más allá de su acepción primera, con lo que tiene de estática, coincidente con lo que se llama el carácter” (*Ibid.*). No queda claro por qué este último no podría cobijar todas esas alternativas de la relación con el Otro, tampoco por qué Lacan no ha considerado en mayor medida el problema caracterológico. Salvo que el tema hubiera encontrado otros destinos conceptuales, reapareciendo bajo otros nombres y figuras clínicas. Por ejemplo, Jacques-Alain Miller (1998-1999) plantea que allí donde los analistas quedaron atrapados en la oposición entre síntoma y carácter, Lacan postuló el concepto de *sinthome*, que reuniría esas piezas heterogéneas. En cualquier caso, no podemos no mencionar las palabras que el francés le dedicaba unos años antes al texto de Reich. Y donde curiosamente aparecían articulados los mismos elementos, ya que el análisis del carácter se funda “en el descubrimiento de que la personalidad del sujeto está estructurada como el síntoma que experimenta como extraño, es decir que, al igual que

él, oculta un sentido, el de un conflicto reprimido” (Lacan 1955: 327). Sin dejar de reconocer méritos de su estudio, Lacan sostiene que “Reich no cometió más que un error en su análisis del carácter: lo que denominó ‘armadura’ (*character armor*) y trató como tal no es más que un escudo de armas. El sujeto, después del tratamiento, conserva el peso de las armas que recibió de la naturaleza, ha borrado únicamente de ellas la marca de un blasón” (*Ibid.*: 329). La idea de escudo da cuenta de la dimensión simbólica, y es asociada al eventual borramiento de una marca al final de la cura. Una vez más, el problema de la identificación en el corazón del carácter.

¿Y EL ANALISTA?

Hay un rasgo medular de la enseñanza de Lacan que solemos ponderar, y es esa propensión a pensar los problemas, las preguntas y las incidencias clínicas desde el lugar del psicoanalista (DE OLASO 2023, 2024). Así, la resistencia es localizada en aquel que dirige la cura. Lo mismo ocurre con la transferencia, que desemboca en el operador deseo del analista. También el duelo, la angustia, el goce, devienen oportunamente instancias privilegiadas para interrogar el lugar del psicoanalista.

Apoyados en ese mismo espíritu, ¿qué ocurrirá con el carácter del analista? ¿Cómo jugará en su posición, en su estilo? Quien dice algo al respecto es Ferenczi, otro que ha sabido poner en cuestión la figura del psicoanalista. Más de una vez señala que es indispensable que este último haya reducido sus síntomas, y que -una vez más la bipartición- haya llevado su análisis de carácter (narcisismo incluido) lo más lejos posible.

Y en su *Diario Clínico*, ese documento íntimo y póstumo escrito en 1932, escribe estas líneas, con las que concluimos este trabajo: “De hecho, nosotros, los analistas, tenemos que confesarnos que en nuestra intelección de las particularidades o puntos débiles de nuestro carácter debemos mucho a la aguda mirada crítica de nuestros pacientes, en particular si la hacemos desplegarse” (Ferenczi 1932: 68).

BIBLIOGRAFÍA

- de Olaso, J. (2023). El goce en el analista. *Memorias del XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología*. Buenos Aires: Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- de Olaso, J. (2024). “El operador”. En *Asuntos del deseo*. Buenos Aires, Manantial.
- Ferenczi, S. (1913). “Un pequeño gallo”. En *Sexo y psicoanálisis*, Buenos Aires, Hormé, 2009.
- Ferenczi, S. (1932). *Sin simpatía no hay curación. El Diario clínico de 1932*. Buenos Aires, Amorrortu, 1997.
- Freud, S. (1908). “Carácter y erotismo anal”. En *Obras Completas*, vol. IX. Buenos Aires, Amorrortu, 1987.
- Freud, S. (1913a). “La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis”. En *Obras Completas*, vol. XII. Buenos Aires, Amorrortu, 1987.

- Freud, S. (1913b). *Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos*. En *Obras Completas*, vol. XIII. Buenos Aires, Amorrortu, 1987.
- Freud, S. (1914). "Recordar, repetir y reelaborar" (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II). En *Obras Completas*, vol. XII. Buenos Aires, Amorrortu, 1987.
- Freud, S. (1916). "Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico". En *Obras Completas*, vol. XIV. Buenos Aires, Amorrortu, 1987.
- Freud, S. (1916-1917). "El sentido de los síntomas", en *Conferencias de introducción al psicoanálisis (partes I y II)*. En *Obras Completas*, vol. XVI. Buenos Aires, Amorrortu, 1987.
- Freud, S. (1918). *De la historia de una neurosis infantil (el "Hombre de los Lobos")*, en *Obras Completas*, vol. XVII. Buenos Aires, Amorrortu, 1987.
- Freud, S. (1923). *El yo y el ello*, en *Obras Completas*, vol. XIX. Buenos Aires, Amorrortu, 1987.
- Freud, S. (1937). "Análisis terminable e interminable". En *Obras Completas*, vol. XXIII. Buenos Aires, Amorrortu, 1987.
- Freud, S. (1939). *Moisés y la religión monoteísta*. En *Obras Completas*, vol. XXIII. Buenos Aires, Amorrortu, 1987.
- Lacan, J. (1953-1954). *El Seminario. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud. 1953-1954*. Barcelona, Paidós, 1988.
- Lacan, J. (1955). "Variantes de la cura-tipo". En *Escritos I*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.
- Lacan, J. (1957-1958). *El Seminario. Libro 5: Las formaciones del inconsciente. 1957-1958*. Buenos Aires, Paidós, 1999.
- Miller, J.-A. (1998-1999). *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Buenos Aires, Paidós, 2003.
- Rabinovich, D. (1984). *La teoría del yo en la obra de Jacques Lacan*. Buenos Aires, Manantial.
- Rabinovich, D. (1985). *Una clínica de la pulsión: las impulsiones*. Buenos Aires, Manantial.
- Reich, W. (1933). *Análisis del carácter*. Buenos Aires, Paidós, 2010.
- Silveyra, M. L. (2007). "Carácter y totemismo". En *Psicoanálisis con niños hoy*, Buenos Aires, Imago Mundi.